

La clasificación de los minerales estampada en una medalla

Miguel Calvo

La clasificación de los objetos naturales ha sido considerada siempre una parte fundamental de su estudio y, desde hace siglos, cada libro de mineralogía ha incluido al menos una clasificación de los minerales según distintos criterios. También se han publicado clasificaciones como artículos en revistas, hojas sueltas, láminas para colocar en la pared..., y, en un caso concreto, se ha publicado una clasificación de los minerales estampada en las dos caras de una medalla, que se muestra en la figura adjunta.

La medalla, de 72 mm de diámetro, acuñada en metal blanco y plateada, forma parte de una serie de dieciséis “Medallas Científicas y Filosóficas”, fabricadas hacia 1825 por la empresa de *Sir* Edward Thomason. Estas medallas se vendían en un estuche forrado en piel, en forma de libro, acompañadas de una lupa, complemento evidentemente necesario, dado el tamaño de la letra. En su momento, fueron las medallas más grandes fabricadas formando parte de una serie. Su calidad de fabricación y su presentación en un estuche han permitido que se conserven generalmente muy bien. La medalla que aquí aparece se conserva perfectamente brillante, a pesar de que hayan transcurrido casi 180 años desde su fabricación. El color oscuro del fondo es un efecto de la fotografía.

La empresa de Thomason, establecida en Birmingham, fabricaba botones, medallas, cuberterías, piezas metálicas de maquinaria y mobiliario y, quizás su producto más conocido, el sacacorchos de tornillo de doble paso, patentado por Thomason en 1802. Todavía se fabrican sacacorchos basados en este mecanismo. Su obra más notable, concluida en 1820, fue la reproducción a tamaño natural, en hierro fundido, con las asas de bronce, del llamado “Vaso de Warwick”, un vaso de mármol romano con una exuberante decoración, recuperado en Italia hacia 1770, de 1,7 metros de altura y 1,5 de diámetro.

En el campo de las medallas, Thomason es conocido por la edición de grandes series temáticas, como la ya citada “Científica y Filosófica”, una anterior sobre los relieves del Partenón y otra posterior sobre la Biblia, la primera más pequeña y la segunda del mismo diámetro que la serie científica. La idea de comercializar medallas formando series fue de James Mudie quien, a principios del siglo XIX, encargó su acuñación precisamente a la empresa de Thomason. A la vista de que estas series representaban un buen negocio, el propio Thomason procedió a fabricarlas y comercializarlas por su cuenta.

Una característica peculiar de la mayoría de las medallas de Thomason, tanto de series como individuales, es que llevan en el reverso larguísima textos estampados en letra diminuta. En esta medalla precisamente, con 39 líneas de texto en cada cara, resulta obvia esta particularidad. Otras de la misma serie, como las destinadas a describir las máquinas de vapor, llevan, además del texto, un esquema de la máquina en el centro del anverso. A pesar de que para la acuñación de monedas se utilizaban en Inglaterra prensas movidas por máquinas de vapor desde finales de 1790, esta medalla se fabricó, lo mismo que las otras de su serie, utilizando una prensa manual de tornillo que era accionada por tres hombres.

La clasificación que contiene la medalla se divide en dos partes. En el primer tercio del anverso se indican las “tierras simples y puras”, los “álcalis”, “metales maleables”,

“metales quebradizos” y “bases de ácidos”, es decir, en conjunto lo que llamaríamos ahora elementos químicos. El resto de la medalla está dedicado a la clasificación de los minerales propiamente dichos, dividiéndolos en cuatro clases, cada clase en diversos géneros y cada género en una o más familias.

Las clases, cuatro en total, corresponden a: los minerales terrosos, los minerales acidíferos terrosos, los álcalis (o minerales salinos) y los minerales metálicos, siguiendo el sistema de clasificación más popular en la época, semejante al más evolucionado de los ideados por Werner (el de 1799) y al de Haüy (en la primera edición de su *Traité de Minéralogie*, de 1801), pero excluyendo los combustibles. Esta clasificación, con raíces en el Renacimiento, dividía inicialmente a los minerales en cuatro clases: tierras y piedras, sales, combustibles y metales, basándose en propiedades evidentes, los “caracteres exteriores”. Posteriormente las “tierras y piedras”, en las que entraban prácticamente todos los minerales no metálicos, se fragmentaron en dos o tres clases independientes, en este caso en dos.

La subdivisión posterior en géneros está basada, excepto en los silicatos, que forman un género propio dentro de los minerales terrosos, en los cationes presentes, mientras que la división de cada género en familias se basa en el anión. Es decir, lo contrario que en las principales clasificaciones más actuales, en las que los minerales se clasifican primero en función de los aniones y luego por los cationes. Aunque haya sido desplazada de la mayoría de los tratados de mineralogía, hay que decir que esta clasificación resulta particularmente útil desde el punto de vista industrial, al agrupar todos los minerales de un metal concreto, y que aún se mantuvo, en versión moderna, hasta la década de 1960 en las sucesivas ediciones de *Elements of Mineralogy* de F. Rutley.

Miguel Calvo

Universidad de Zaragoza

calvorb@unizar.es

